

OCTUBRE-DICIEMBRE 1988

Chasqui

Revista Latinoamericana de Comunicación

ESTA EDICION DE CHASQUI
CIRCULO EN MAYO DE 1989



COMUNICACION Y DEUDA EXTERNA

6

Los comunicadores, periodistas y científicos sociales, tienen que entender que la Deuda Externa, es más devastadora que 100 hiroshimas. Deben tomar partido y salir en defensa de los pueblos del Tercer Mundo.

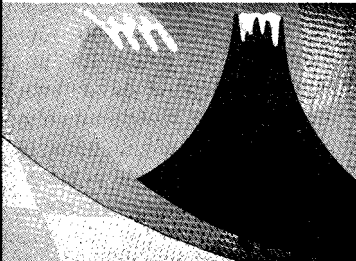
Eric Calcagno, UNICEF, Fernando Reyes Matta, Fausto Jaramillo, Gino Lofredo

PERIODISMO Y ESTABILIDAD DEMOCRATICA

38

Los periodistas, dueños de medios de comunicación, el Estado y el pueblo, deben defender "sus" frágiles democracias, debilitadas por la Deuda Externa. Democracia y libertad de prensa son uno y lo mismo —no deben claudicar—.

Luis Maira, Roberto Savio, Emilio Filippi, Enriqueta Cabrera, Luis E. Proaño



COMUNICACION, CRISIS Y DESASTRES NATURALES

54

Esta es una área inexplorada para los comunicadores y periodistas, a pesar de que centenares de cataclismos de todo tipo barren el planeta año tras año. La información preventiva, y la movilización, son campos de la comunicación social.

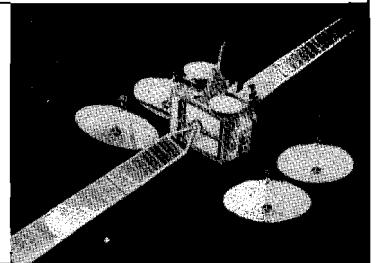
Doug Newson, CHASQUI, Pablo Portales

LOS SATELITES EN LA COMUNICACION

68

La era de los satélites es hoy. Y no tenemos políticas adecuadas para aprovechar esta nueva avalancha tecnológica que nos ha tomado de sorpresa. Ponernos al día no debe ser una utopía, sino una necesidad.

Daniel Cohen, Leonardo Ferreira y Bella Mody, John Mayo, Carlos Bianchi



ENTREVISTA A ROBERTO SAVIO *Juan Braun* 35
CARRERAS DE COMUNICACION *Eduardo Vizer* 84

NOTICIAS 2
ACTIVIDADES DE CIESPAL 4
LIBROS 91

Carta del editor

Deuda Externa y Comunicación es uno de los temas más difíciles de investigar, porque ha sido ignorado, no existe. Los comunicadores sociales, los periodistas y las organizaciones tercermundistas, no se han "enganchado" en lo que el Padre Vives, venezolano, llama la "Guerra de la Deuda Externa". Una guerra que ya hemos perdido. Durante una década, las transnacionales del Norte, ayudadas "desde adentro", han vaciado impunemente a nuestros países. Como consecuencia, día a día tenemos más pobres-pobres y nuestras democracias muestran síntomas alarmantes de agotamiento.

La intención de CHASQUI es lograr que los colegas pongan "pied a terre", reflexionen y vuelquen sus ener-

gías al estudio y la difusión de un tema que nos ha robado el presente, y la mitad de nuestro futuro.

Estamos en la "era de los satélites" y del "Global Village" de McLuhan. Los países de la región deben desarrollar sus políticas y sus satélites, para no perder su soberanía y su independencia.

El 16 de marzo de 1989, el Dr. Luis E. Proaño, Director de CIESPAL, y el Canciller del Ecuador, Dr. Diego Cordovez, firmaron un importante acuerdo de cooperación técnica, en reconocimiento a la tarea que cumple CIESPAL en América Latina.

Bien. Muy bien. Y un aplauso.

Juan Braun

DIRECTOR: Luis E. Proaño. **EDITOR:** Juan Braun. **DIRECTOR DE PUBLICACIONES:** Jorge Mantilla Jarrín. **ASISTENTE DE EDICION:** Wilman Sánchez. **COMPOSICION:** Martha Rodríguez. **DISEÑO:** Fernando Rivadeneira. **PORTADA:** Edwin Rivadeneira. **IMPRESO:** Editorial QUIPUS. **COMITE EDITORIAL EJECUTIVO:** Asdrúbal de la Torre, Peter Schenkel, Edgar Jaramillo, Fausto Jaramillo, Gloria Dávila, Andrés León. **CONSEJO ASESOR INTERNACIONAL:** Luis

Beltrán (Bolivia); Gian Calvi (Brasil); Reinhard Keune (Alemania Federal); Humberto López López (Colombia); Francisco Prieto (México); Daniel Prieto (Argentina); Máximo Simpson (Argentina); Diego Echeverría (Chile). **Chasqui** es una publicación de CIESPAL que se edita con la colaboración de la Fundación Friedrich Ebert de Alemania Federal. Apartado 584, Quito-Ecuador. Teléfonos: 540-881. Telex: 22474 CIESPAL ED. - FAX (593-2) 524-177.

Luis E. Proaño

Periodismo y democracia

El periodismo y la estabilidad democrática en América Latina es el objeto de este artículo. Apenas basta un fugaz momento de reflexión para percatarnos que, detrás de ese objetivo, subyace un miedo que torna vulnerable una esperanza e incierto el resultado de una opción.

La esperanza es la de lograr el afianzamiento democrático y el miedo se nutre en la derrota que ha sufrido, recurrente, este intento idealista, dejando a los latinoamericanos sin el resorte de la fe, sin la confianza en la tradición, dudosos de la sabiduría colectiva, escépticos ante la fuerza de la razón, en peligro de que se agote la conciencia huma-

na y caiga en la apatía, no tanto por el hambre y la desnutrición cuanto por la mengua del coraje viril que convierte el valor en cualidad insólita que solo algunos poseen.

Debemos vencer ese miedo. Al miedo se lo domina enfrentándolo. Cuando el hombre le vuelve la espalda deja de pensar con la cabeza y comienza a hacer lo con los pies, iniciando veloz, la carrera de la cobardía.

Si mantener queremos el imperativo de la libertad que ha resonado en Latinoamérica por más de 150 años, debemos someter la realidad a un severo análisis que descubra el límite del sueño y nos permita no sentir la vida como un terrible azar, en el que el hombre dependa de voluntades misteriosas y latentes que operan según el ritmo de imprevisibles caprichos.

Ese análisis exige una depuración de la esencia de la democracia y un aquilataamiento de sus postulados.

Luis Eladio Proaño, ecuatoriano. Director General de CIESPAL.

PERIODISMO Y DEMOCRACIA

Para contribuir a la estabilidad democrática, el periodista debe tener una idea clara de su significado, sus límites y alcance. Un periodista no podrá comprometer su acción a favor de un ideal democrático que se agote en el formalismo de determinado sistema de gobierno y en la renovación ritual de sus gobernantes sino en una democracia que se esfuerce en obtener la mejor vida posible para sus conciudadanos, el ámbito más amplio de la libertad individual, e igual oportunidad para que todos puedan llegar al más completo desarrollo de su personalidad conforme sus capacidades innatas lo permitan.

El propósito de la democracia debiera ser encontrar la forma de ampliar la libertad, en un mundo condenado al cambio vertiginoso e incesante, y acortar la brecha entre las instituciones y creencias heredadas y un medio ambiente en perpetuo movimiento, para moldear la historia controlando las energías desencadenadas por la ciencia y la tecnología.

La creatividad es el arte de gobernar y la oportunidad su arma. La política es esclava del reloj. El estadista es víctima de la emergencia, prisionero de la crisis y aún en épocas apacibles, siervo de los plazos que se vencen. A menudo debe asirse a ideas prematuras y usarlas sin conocer las consecuencias porque si espera demasiado para estar absolutamente seguro de los hechos, puede perder el control de los acontecimientos.

Hace falta igualmente insistir en que la esencia del proceso democrático es el gobierno por consentimiento, resultado de la discusión libre y ecuaníme, y que no debemos abandonar la fe en la racionalidad del hombre a pesar del éxito pasajero de la manipulación publicitaria.

Cuando los gobernantes tienen como meta el aumento de la autoridad personal o la protección de la voracidad y el privilegio corren los cimientos de la democracia. Cuando su objetivo es la abolición de la opresión social, el incre-



mento de las oportunidades para los pobres y marginados y el respeto a la libertad de expresión alejan el peligro de las dictaduras.

El pensamiento democrático actual considera a la igualdad como un ideal y no como un hecho; como una meta alcanzable pero no por el recurso a la violencia sino por una evolución dialéctica a través de la cual el sentido innato que posee el hombre por la justicia, prevalecerá finalmente sobre sus más bajos instintos, descubriéndole las ventajas de la solidaridad social frente al goce desmedido del egocentrismo plutocrático.

El empleo de la violencia para destruir la opresión e instaurar la verdadera libertad puede ser en ocasiones el último recurso de las sociedades atrapadas en situaciones desesperadas. Pero en una rebelión, como en una novela, decía Tocqueville, la parte más difícil es inventar el final.

Sin embargo, las dificultades recientes de las democracias latinoamericanas han sembrado la duda en la posibilidad de la pacífica y ordenada adaptación de las instituciones gubernamentales, económicas y sociales y mientras el conservador permanece demasiado satisfecho e inimaginativo, el radical se inclina, cada vez más impaciente, a implantar su propia utopía aún recurriendo a la violencia.

LIBERTAD-AUTORIDAD

Otro de los problemas que más de cerca atañen al periodista es el de conciliar la libertad con la autoridad. La democracia exalta la libertad y sospecha de la autoridad, rezago de la reacción contra el absolutismo monárquico y las dictaduras criollas. Preferimos así un gobierno estrictamente limitado bajo el paliativo de salvaguardar la democracia aunque en la práctica su debilidad desemboque en la anarquía y su eventual destrucción.

Para conocer las fatigas del poder dirijámonos a los que lo tienen en su mano; para conocer sus placeres, vayamos a aquellos que andan tras de él. Los sinsabores del poder son reales; sus placeres, imaginarios.

Las dictaduras se producen con más frecuencia por el fracaso de los gobiernos débiles que por el éxito de los vigorosos.

PERIODISMO Y OPOSICION

En este contexto vale la pena analizar, así sea de paso, el papel de la oposición. La crítica a la política gubernamental, llevada a cabo por un partido de oposición, no se la hace para que el gobierno corrija sus errores, enmiende su rumbo y en consecuencia tenga éxito y sea reelegido. Su estrategia está dirigida a hacer que la opinión pública sea adversa al gobierno cobrando conciencia de sus desaciertos, con la esperanza de convencer a la ciudadanía de la bondad de la ideología opositora y de sus programas de acción y asegurarse el triunfo en la próxima elección. Y aquí yace la diferencia medular entre el periodista y el político.

El periodista critica para que el gobierno cambie si se encuentra errado y lo estimula para que se afirme en su acción si responde a los intereses del pueblo.

GRUPOS ECONOMICOS

Muchos se preguntan si la democracia puede prosperar cuando la riqueza económica se concentra en un número demasiado reducido de personas. No es difícil entender el peligro que encierran las grandes corporaciones que acumulan gigantescos capitales, controlan un sin número de empresas, crean cadenas de almacenes, se diversifican en firmas financieras, se asocian con carteles internacionales, limitan la competitividad de los pequeños empresarios y despojan a los demás de la igualdad de las oportunidades de trabajo e inversión.

El cometido de un gobierno no es hacer al pueblo rico, sino protegerlo mientras se enriquece por sí mismo.

Los grupos económicos poderosos tratan de moldear las decisiones políticas para salvaguardar sus intereses y la mayoría popular se esfuerza en ampliar su poder político para mejorar su condición económica y social. ¿Se puede hablar de soberanía popular y democrática cuando la mayoría de la nación carece de independencia económico-social y la seguridad de un trabajo justamente remunerado?

La democracia es un sistema de tendencias positivas y negativas, de agudezas y clarividencias, de torpezas y ceguerras. Mientras más duro es el contraste entre el ideal y la práctica, lo primero que se advierte es la presencia de las propensiones negativas y la historia practica un extraño pudor que le impide referirse a lo positivo de la democracia ni siquiera en forma de breve alusión. Las quejas más comunes en contra de la democracia, se refieren a su incapacidad para funcionar eficiente, pronta y honestamente.

En contraste, las dictaduras reclaman para sí, como justificación inherente, la celeridad eficaz de la acción y en consecuencia se presiona a los gobiernos democráticos a actuar conforme a pautas exigentes e imposibles. No debemos olvidar que las acciones del sistema democrático que buscan solidaridad nacional, orden, libertad y oportunidad para el desarrollo autónomo de la persona, no pueden ser valoradas mediante la rela-



Se cuestiona la eficiencia y honestidad de la democracia

ción simplista de rendimiento y esfuerzo. La educación, la seguridad social, la salud y otros servicios similares no pueden ser medidos solo por su costo o por el número de personas empleadas para suministrarlos.

El mejor gobierno no es necesariamente el menos costoso o aquel que funciona con el menor número de empleados, ni la rapidez con la que un gobierno actúa es por sí misma prueba de superioridad. La prontitud en la respuesta es deseable, pero también lo son la sabiduría y la justicia.

LIBERTAD ¿PARA QUIEN?

Desde que John Milton se empeñó en persuadir a sus orgullosos y autosuficientes contemporáneos que aceptaran la libertad, sus palabras siguen martillando el oído de sucesivas generaciones porque la tentación de suprimirla surge intermitentemente.

Cada hombre en particular, como en los tiempos de Milton, está convencido que se le puede confiar el derecho de conocerlo todo, leerlo todo, decirlo todo pero lo que exige para sí se torna turbio cuando es el otro, ideológicamente diferente, quien debe gozar de idéntico derecho.

En este momento de la historia latinoamericana, un creciente número de personas creen en la libertad para sí mismas y en la supresión de ella para los otros. Y así el problema como en los remotos tiempos de Milton permanece el mismo: ¿Quién es el que debe decidir quién está capacitado para la libertad y en consecuencia a quién se le debe otorgar ese derecho?

En todos los continentes, hay hombres y mujeres que están repensando los principios por los cuales la humanidad puede vivir en armonía con los demás seres humanos. Si nosotros en América Latina tenemos la libertad que gozamos, se debe, a que en diferentes tiempos y en diferentes lugares, existieron extraordinarios seres humanos que apasionadamente se esforzaron en escribir y decir lo que pensaban. No les importó el riesgo que corrían a cambio de expresar lo que les pareció que debía ser conocido con urgencia.

Si no hubiéramos heredado la libertad, ¿pensaríamos ahora que era necesario el conquistarla o estaríamos de acuerdo en que la libertad fue un atractivo engaño, demasiado peligroso para ser instaurado en momentos de tanta



Hay que creer en la libertad

inestabilidad política y social?

Los medios de comunicación en América Latina no son ni mejores ni peores que otras instituciones de nuestra democracia.

La libertad de prensa fue establecida porque la censura fue inaceptable para los ideales y principios de los hombres que iniciaron y dieron forma a nuestra historia.

Pero en una democracia, la libertad de expresión no es permitida únicamente a los buenos ciudadanos, a los sabios o a los de gusto refinado. La libertad es patrimonio de todos, de aquellos de nobles como de bajos principios o aquellos que no poseen ninguno. La libertad de expresión lleva implícito la posibilidad de abusar de ella y sus más egregios defensores sufrieron los golpes de quienes la usaron con villanía.

Jefferson había escrito a Edward Carrington: "Siendo la base de nuestro Gobierno la opinión del pueblo... si se me dejara a mí decidir, si es que deberíamos tener un gobierno sin periódicos o periódicos sin gobierno, no du-

daría un momento en perjudicar lo último".

Más tarde, Jefferson era acusado por James Thompson Callender y otros periodistas, de cobardía, de haberse apropiado del dinero público, de ser ateo y enemigo de la religión, de mantener ilícitas relaciones sexuales con sus esclavas negras.

Lo que tuvo que sufrir no le estimuló a admirar a esos periodistas pero no disminuyó su fe en la necesidad de una libertad ilimitada de la prensa.

La libertad no es pertenencia exclusiva del buen ciudadano y del discreto. Cuando se convierte en la recompensa del mérito, de la virtud, de la verdad o de la benevolencia, deja de ser libertad.

Pero es también verdad, como lo prueba nuestra historia latinoamericana, que solamente aquellos países que han sido capaces de ejercer la libertad con un sentido de responsabilidad frente a las exigencias del bien común, han sido los que por más largo tiempo la han conservado.

Todos nosotros creemos en la libertad porque estamos convencidos que el pueblo es soberano y el que decide el

rumbo de su destino. El gobernante, es el servidor de los intereses del pueblo y como tal puede ser llamado a rendir cuentas de su gestión. La libertad de expresión, la libertad de prensa, es el medio adecuado para hacerlo y en consecuencia es inalienable.

Si nos esforzamos en dilucidar cómo lograr la estabilidad democrática es porque estamos conscientes que la muerte de la democracia significa la suspensión de nuestra libertad. Y como no aceptamos este intolerable desenlace pero somos conscientes de un eventual peligro, queremos avizorar sus amenazas y esclarecer la relación entre el periodismo consciente de su libertad y el gobierno que a ella debe responder.

¿DOS GOBIERNOS PARALELOS?

En 1936, Walter Lippmann, al comentar el juicio de Bruno Richard Hauptmann, acusado del secuestro y muerte del pequeño hijo de Lindbergh, decía que "había dos procesos de justicia, el uno oficial y el otro popular. Ambos se llevaban paralelamente; el uno en la corte y el otro en la prensa, la radio, el cine y los mítines públicos". Decía además que había "dos procesos criminales, dos veredictos, el popular y el oficial y que ambos se confundían en la mente popular".

La pregunta para nosotros no es tanto si hay o no dos sistemas legales, sino si en nuestros países hay dos gobiernos.

¿Tenemos un gobierno oficial y otro gobierno que existe solo en la mente popular implantado por los medios de comunicación?

No se puede negar que el conocimiento que del gobierno tienen los ciudadanos no es adquirido por la experiencia y observación personal sino a través de los medios que establecen la agenda del interés público.

Se podría esperar que la especialidad de los medios ayudara a conformar una más realística imagen del gobierno: La radio y la televisión situando con rapidez el evento; los periódicos contextualizándolo y las revistas y libros penetrando la noticia en profundidad. Pero en cualquier caso la imagen final dependerá del concepto periodístico de lo que es noticia, de la estructura y objetivos de los diferentes medios y de las limitaciones humanas de los reporteros, cronistas y columnistas y la impor-



Los periodistas deben establecer sus prioridades

tancia que decidan dar al Presidente, a los líderes del congreso, a diferentes ministros y a funcionarios de menor rango.

Debe sin embargo notarse que la diferencia entre el gobierno real y la imagen que de él proyectan los medios se inicia con la acción deliberada de sus personeros de comunicación que insertan elementos cuidadosamente elegidos para lograr la imagen que desean crear.

SUSPICACIA PERIODISTICA

La tarea no es fácil. Los periodistas, en América Latina, como reacción al manejo de la noticia de los regímenes dictatoriales, son cada vez más sospechosos de los anuncios oficiales, más agresivos en las preguntas y más especializados para hacerlas.

Debemos reconocer sin ambagues que el conocimiento público del gobierno se fundamenta en información de segunda mano. La inmensa mayoría de los ciudadanos no conocen al Presidente personalmente, ni a los senadores y ni siquiera a su Alcalde. No participan decisoriamente en las crisis ni en los consejos de Gabinete, en los que se establecen las políticas y se esclarecen los problemas. Lo que conocen en el área nacional o local depende de la información de los medios.

La sicología social ha demostrado hasta la saciedad que los medios de comunicación, manejados por hombres que poseen su peculiar modo de mirar al mundo, ideologías, prejuicios, valores y estereotipos propios, no captan la realidad como un espejo sino que la

interpretan y descomponen como lo hace el prisma con la luz.

El primer paso para reducir la distorsión entre realidad e imagen, entre el gobierno real y el interpretado, es el estar consciente de la diferencia y establecer políticas de corrección.

CONTEMPORIZACION Y DUREZA

Una de las acusaciones más insistentemente repetidas por los líderes políticos latinoamericanos es la de una inexplicable ambivalencia de los medios de comunicación: proceden con insuperable cautela y prudencia cuando se encuentran bajo el dominio de las dictaduras y se revisten de implacable sentido de justicia y tesonera denuncia cuando se instauran los gobiernos democráticos.

Se ha criticado también la tendencia del periodismo actual a cargar el acento en la crítica personal y no en las políticas gubernamentales, alejándose así de las materias de tangible consecuencia para dedicarse a escarbar menudencias de moralidad personal de discutible relevancia y de magro interés colectivo.

La preocupación del periodista, dicen, debe centrarse en corregir errores más que en humillar, abochornar y castigar a los que los han cometido porque de otra manera se corre el peligro de crear una generalizada atmósfera de suspicacia y hostilidad que impide la realización de una seria labor administrativa, porque se implanta en la conciencia pública la idea que los desaciertos son siempre el fruto de premeditada malevo-

lencia y no simples limitaciones de juicio de los gobernantes.

Los periodistas haríamos bien en reconsiderar nuestras prioridades. Quizás sea la hora de meditar en si estamos o no conduciendo nuestra profesión como autos-sacramentales de la inquisición. En una democracia debemos empeñarnos en pensar que los gobernantes no son objeto de adulación ni envilecimiento, sino servidores públicos que deben ser estimulados o censurados, relevados o ratificados de acuerdo con la competencia que manifiesten en el desempeño de su trabajo. La desilusión excesiva con nuestros líderes no es sino el otro lado de la medalla del culto servil a la personalidad. Si comenzamos por pensar en que nuestros presidentes no son semidioses, sus errores y aún sus transgresiones no nos precipitarán en la desesperanza.

Esto no significa, desde luego, que el carácter moral de los estadistas sea irrelevante sino que sus cualidades personales, en tanto deben ser tomadas en cuenta, en cuanto tienen que ver con el desempeño de sus funciones de servidores públicos.

Nuestros presidentes latinoamericanos no son ni santos ni demonios. Su ubicación se encuentra en algún lugar de ese gran continuo que se extiende entre los extremos de la excelencia e incapacidad, como la ubicación del resto de nosotros.

Una sociedad mantiene la libertad en tanto en cuanto sus ciudadanos sa-

ben ejercerla con cordura. Este principio se aplica también al periodismo y con especial exigencia, porque su poder está exento de toda restricción, como no sea la que quiera imponerse a sí mismo.

Nuestra imperativa necesidad es la de la autocrítica y apertura a la crítica que recibamos. Los periodistas llevamos a costas la grave responsabilidad de mantener a los gobernantes honestos y eficientes pero, con igual exigencia, debemos esforzarnos en ser insobornables y justos.

Debemos despojarnos del complejo de Casandra. En general planteamos demasiados problemas y sugerimos escasas soluciones. Sacamos a la luz pública pequeñas maquinaciones politiqueras e ignoramos frecuentemente los enormes problemas que afligen a nuestro continente.

LA LINEA DE PLIMSOLL

La democracia se equivoca, pero lo mismo acontece a los reyes, a los grandes industriales y a los dictadores. Hitler y Mussolini fueron modelos de eficacia y ello sirvió para precipitar a sus pueblos en el desastre y la desesperación. Por eso, me voy a permitir terminar con una palabra de cautela de John Strachey, notable político del partido laborista inglés que escribió en su libro "The Challenge of Democracy":

"Los barcos de todo el mundo tienen una línea pintada en el casco, decía. Esta marca se llama la línea de Plimsoll, nombre del parlamento britá-

nico que en el siglo pasado hizo aprobar una ley, en virtud de la cual se declaró obligatorio marcar así todos los barcos e ilegal el cargar tanto las naves que la línea quedara sumergida".

Todos los países de América Latina tienen marcada una línea de flotación invisible. Si la nave del estado navega con esa línea por encima del agua, las instituciones democráticas funcionan. Por el contrario, si la nave está tan sobrecargada de dificultades que la línea queda sumergida, la democracia sucumbe.

Y en los países que no han alcanzado cierto nivel de desarrollo general, representados por esa línea, cualquier intento de establecer instituciones democráticas será, en el mejor de los casos, difícil y con mayor frecuencia peligroso.

Las instituciones democráticas tendrán, en cambio, un valor inapreciable para cualquier país que haya evolucionado hasta pasar la línea de Plimsoll es decir, que ya no esté sobrecargado por el analfabetismo, la pobreza, la desnutrición, los conflictos raciales o cualquier otra de las terribles cargas que tantos pueblos tienen que soportar.

El periodista es el guardián de los intereses del pueblo. El ejercicio de su noble tarea le exige medir responsablemente el peso de su crítica para no sobrecargar la nave democrática más allá de su límite de flotación pues luego tendrán que buscar una tabla donde salvarse del naufragio.



Nuestros presidentes no son ni santos ni demonios